
Elaine Howard ECKLUND, *Por qué la ciencia y la fe se necesitan mutuamente. Ocho valores compartidos para superar el temor*, Madrid: Sal Terrae («Colección Ciencia y Religión», 25), 2021, 183 pp., 14,5 x 22, ISBN 978-84-293-3023-6.

Elaine Howard Ecklund es la socióloga que más ha investigado en el pensamiento de creyentes sobre la ciencia y de científicos sobre la religión. Entiende la ciencia y la religión no como conjuntos de ideas sino como grupos humanos formados por científicos y creyentes. En su libro *Por qué la ciencia y la fe se necesitan mutuamente* se muestra convencida de que «reconociendo las virtudes compartidas por nuestra fe y la ciencia, los cristianos podemos comenzar a desarrollar una relación más eficaz con la ciencia y los científicos» (p. 23). Su análisis y su propuesta se centra sobre todo en los cristianos evangélicos porque según las encuestas muestran mayor desconfianza respecto de la ciencia (p. 19) y el libro tiene una finalidad práctica, por eso al final de cada capítulo incluye algunas preguntas que sirven de examen de conciencia para la comunidad cristiana que quiera valorar cómo vive su relación con la ciencia.

Los tres primeros capítulos del libro exploran cómo las virtudes forman parte de la condición humana y cómo nacen en las comunidades. Los cuatro siguientes se orientan a explorar cuatro virtudes del cristianismo asociadas con la actividad científica, como son la curiosidad, la duda, la humildad y la creatividad. Y los últimos cuatro capítulos se centran en cuatro virtudes asociadas a la práctica de lo que denomina redención o reconciliación, que se encuentran tanto en la religión como en la ciencia: curación, admiración, *šalom* y gratitud.

Desde las primeras páginas Ecklund apunta que el conflicto entre ciencia y religión es debido a un miedo que predispone al distanciamiento entre unos y otros. Por eso propone apaciguar la reacción inicial de rechazo y reconocer el temor que se pueda encontrar en el origen: «A algunos cristianos les preocupan ciertas tecnologías e investigaciones médicas, la cuestión de si serán éticas y la de si tendrán en cuenta la naturaleza singular del ser humano y lo que significa haber sido creados a imagen de Dios. He conocido muchos cristianos que temen a las repercusiones que puede tener la ciencia en su fe y a la influencia que pueden tener los científicos en la religión, así como en el lugar que esta ocupa en la sociedad. También he conocido muchos cristianos que quieren tener más conversaciones productivas sobre las relaciones entre la ciencia y la religión y saber cómo interactuar mejor con la ciencia y con las

tecnologías que, a veces, parecen estar tomando el control de nuestra sociedad» (p. 18).

En el segundo capítulo explora cómo es el entrelazamiento entre las comunidades científicas y eclesiales tanto desde el punto de vista de quienes habitan ambas comunidades como desde quienes están presentes solo en una de ellas. Los testimonios y las encuestas muestran que las relaciones son complejas y cubren un amplio espectro desde incompreensión hasta el respeto, la colaboración y el aprecio profundo por las personas de la otra comunidad. Para algunos científicos la práctica religiosa va en detrimento de la actividad científica y algunos creyentes ven una agenda oculta –no en la ciencia, pero sí en los científicos– para acabar con la religión. A la vez, la percepción de compatibilidad entre ciencia y religión es mayor entre las personas más formadas en ambos campos. Y en ambos casos, los interlocutores más creíbles y válidos para tender puentes entre comunidades parecen ser los científicos de la propia comunidad religiosa o los creyentes del propio entorno laboral científico.

El tercer capítulo se centra en la necesidad de superar el debate sobre el papel de la evolución y de Dios en los orígenes y sobre la especificidad del origen del ser humano. Para ello, la clave estaría en dar la oportunidad de matizar las propuestas. No se trata de aceptar o rechazar de modo binario la evolución o la acción de Dios en la Creación, sino de argumentar con matices como ven la compatibilidad o incompatibilidad de ambas.

Quien está vezado en estos argumentos observa que en muchas argumentaciones falta formación para entender cómo puede tener lugar la acción de Dios y cómo funciona realmente la evolución. Por ejemplo, el termino *causa primera* se usa en sentido cronológico (p. 53), no como cuando santo Tomás de Aquino distingue entre *Causa primera* y causas segundas. Esto no quita valor a la investigación ya que es sociológica y en ese sentido parece representar las opiniones mayoritarias y también la de personas más y mejor informadas.

El capítulo muestra también como el uso que se hizo de la teoría de la evolución en favor de causas como el racismo o la eugenesia –aunque no tenga nada que ver con ellas– lleva a un mayor rechazo por parte de algunas comunidades que lo ven como una amenaza (p. 58). A otras personas la cuestión de la evolución les trae sin cuidado porque tienen presiones más acuciantes; mientras que quienes la estudian pueden llegar a desarrollar virtudes muy humanas y muy cristianas como la curiosidad o la creatividad.

El capítulo sobre la curiosidad comienza mostrando con un ejemplo vivo cómo dar respuestas cerradas –«decídete a creer» o «la respuesta es esta»– a

cuestiones que deberían suscitar asombro y curiosidad –como el estudio de la naturaleza– puede terminar en un rechazo de la fe, sin que por eso desaparezca el anhelo de saber qué es realmente tener fe (pp. 63-65). Ecklund recomienda fomentar la curiosidad ya que «es parte necesaria del proceso del descubrimiento científico y también de la comprensión de la relación entre ciencia y fe. Pero, [apunta,] para muchas personas la curiosidad conduce a dudas de fe» (p. 71). Por eso, personalmente, recomendaría la curiosidad para comprender mejor la propia fe y aprender a suscitar en otras personas el asombro y la curiosidad por ella.

El capítulo sobre la duda comienza con un *cliché*: en ciencia la duda es esencial mientras que los sistemas religiosos son medios para «aliviar la duda». Sin embargo, añadiría como apunta Kuhn, lo normal es que el científico acepte el paradigma vigente porque necesita creer y apoyarse en lo que otros han hecho. La duda vendrá más bien *a posteriori*. A la vez existe un modo de vivir la fe, más propio del converso o del creyente inquieto, que no acepta que haya respuesta para todo. La duda permite abrirse al misterio, a lo nuevo, a lo desconocido.

La duda es parte del «fides quaerens intellectum», de esa fe que busca comprender (p. 75), que fortalece la fe y la purifica de atajos epistémicos. Es cierto que «el temor a la duda está presente en muchos contextos eclesiales» (p. 77) pero también que hay creyentes que dudan de sus dudas de fe y valoran esas experiencias –a veces provocadas por la ciencia– como un modo saludable de profundizar en su fe. En muchos casos la ciencia ayuda a reafirmar la fe, ya que las dudas bien enfocadas tienen el potencial de afinarla y robustecerla (p. 83). Es más «los feligreses buscan orientación en lo que se refiere a integrar mutuamente la ciencia y su fe» (p. 82) porque lo contrario de la fe no es la duda, sino la certeza. «Y quizá la certeza este pasando por alto lo único importante, olvidando que Dios es Dios y nosotros no» (p. 83).

Dudar puede ayudar a la humildad. Una humildad que puede llevar al científico a desechar una hipótesis predilecta a la vista de unos resultados adversos, porque la realidad es más grande que su posibilidad de conocerla. Y este es un punto en el que científicos ateos y creyentes pueden convenir: en que la ciencia no puede explicarlo todo (p. 92). Ecklund defiende en este capítulo la necesidad de promover la humildad intelectual y relacional.

La última de las virtudes propuesta por Ecklund en esta segunda sección es la creatividad, pero sorprende que no la centre donde uno esperaría: en una creatividad, por ejemplo, para vivir la relación con Dios, para expresar el amor

a los demás, etc. Sino que habla desde la herida de su dificultad para tener hijos. Comienza por asimilar la idea de la natalidad con el poder creador de los seres humanos como participación del poder creador de Dios, para defender que ese mismo poder creador se puede dar en la FIV y en las técnicas de reproducción genética.

Es cierto que nombra de pasada las reservas éticas que pueden tener algunas personas, pero al tratarse de una investigación sociológica lo analiza desde las opiniones o razonamientos mayoritarios y no desde las propuestas de quienes son más conocedores de los problemas bioéticos que conllevan, como puede ser ver a los hijos más como un producto que se acomode a mis necesidades que como un don de Dios. Sorprende también que no nombre la nanotecnología como un modo en que la ciencia puede ayudar a resolver problemas de fertilidad, sin tanta reserva ética, ni que tampoco hable de los mayores problemas de salud para madres e hijos que utilizan técnicas FIV. Hubiese estado bien un contrapunto de argumentaciones de científicos, que las hay, señalando los inconvenientes científicos de las técnicas FIV. Le habría dado el equilibrio que le falta a este capítulo.

La tercera parte del libro se titula «La redención» y se centra en otras cuatro virtudes: la curación, la admiración, el *šalom*, y la gratitud. Respecto de la primera reconoce que las comunidades religiosas y científicas atribuyen gran valor a aliviar el sufrimiento humano. A la vez, su modo de razonar es claramente emotivista y proporcionalista. Habla, de nuevo, desde la herida de su sufrimiento. La siguiente frase es sintomática: «Para destruir células madre embrionarias se ha de destruir el embrión recién formado. Eso supone destruir una vida humana *en potencia*. Pero, la investigación de las células madre embrionarias podría conducir al descubrimiento de nuevos tratamientos médicos que aliviarían el sufrimiento de millones de personas» (pp. 129-130). (La cursiva es mía).

La idea de «en potencia» olvida que un embrión humano es una vida humana *en acto*; y el enfoque proporcionalista o de utilitarismo pragmático se observa en la segunda frase. Por último, la ausencia de más matices en un tema tan espinoso muestra que el enfoque del libro no es ético sino sociológico. Es más, en cuestiones éticas deja que desear. El capítulo termina con la idea de «consolar a los demás» donde Ecklund expresa algunas de las ideas más bellas de este libro, aunque se echa de menos una visión más audaz desde el sufrimiento de Jesucristo en la Cruz que permita iluminar el dolor con una profundidad teológica mayor.

Los siguientes tres capítulos nos hablan de otras tres virtudes que reconcilian y tienden puentes. Así, la admiración de los científicos por la actividad que realizan y el mundo que descubren resulta un terreno compartido por muchos creyentes que sienten una profunda admiración por la Creación, por las obras de Dios. Esto lleva a Ecklund a sugerir que la admiración científica debería tener cabida en las comunidades cristianas.

Šalom es una virtud que significa completitud y perfección y se refiere a la paz, armonía, bienestar y prosperidad que resultan del florecimiento de la creación entera. En esta tarea científicos y creyentes se pueden ver comúnmente implicados, con el deseo de cuidar del mundo y trabajar por la construcción de una sociedad mejor. Son muchos los que trabajan con esta perspectiva que en términos católicos podríamos denominar como colaborar con la tarea del Espíritu Santo de santificar el mundo a través de nuestro trabajo y nuestra vida ordinaria.

Por último, la gratitud es una virtud que se dirige tanto a la actividad científica que nos ayuda en tantos aspectos de la vida, como a Dios quien es fuente tanto de las capacidades desplegadas por la actividad científica como de nuestra fe en Él. De hecho, Ecklund termina reconociendo que es la gratitud lo que le ha llevado a escribir este libro con el deseo de que crezca la armonía y la comprensión entre ciencia y fe. Además, termina, «por esta gratitud puedo decir que mi trabajo forma parte de mi culto a Dios» (p. 177).

Rubén HERCE

César IZQUIERDO, *El vuelo de Ícaro. La razón y la fe, alas del espíritu*, Pamplona: Eunsa, 2021, 320 pp., 14,5 x 21,5, ISBN 978-84-313-3649-3.

La imagen de un laberinto expresa bien la difícil situación a la que uno se enfrenta ante un problema complejo: acertar con la salida requiere ingenio, perspicacia y mucho empeño. En el mítico laberinto de Creta, diseñado por Dédalo, Teseo consiguió salir tras matar a Minotauro, gracias al hilo de su amada Ariadna. También lo consiguieron el mismo Dédalo y su hijo Ícaro, por la ingeniosa ocurrencia del primero de construir unas alas a base de plumas y cera. Sin embargo, con ese artilugio no estaba todo hecho, pues quedaba aún el reto de vencer los peligros que amenazaban la sustentación de las alas: el